

Esther en alguna parte

Fragmento de novela

Eliseo Alberto

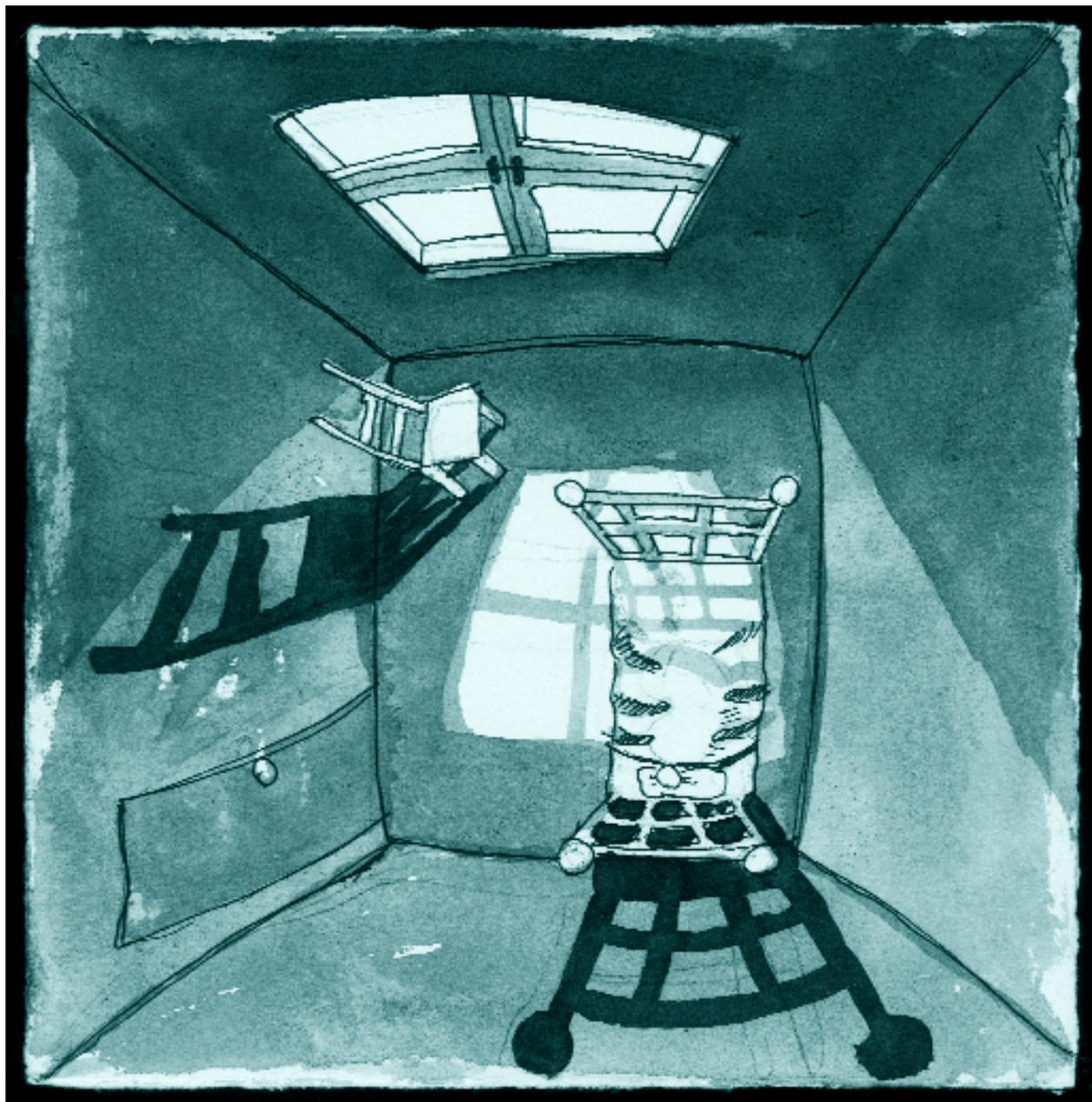
Ante la ruina de su cuerpo “lo peor de la vida es que no se acaba nunca”, el recuerdo vuelve súbitamente. Lino sabe que “hay puertas que no debes abrir, y no por miedo a lo desconocido sino por todo lo contrario” y por eso hoy, a cuarenta y cuatro años de distancia y ante “el espejo de aquel charco que la lluvia había represado al pie de su ventana...”, el viejo no quiere ya abrir ninguna puerta.

Lino lo decía a su manera: hay puertas que no debes abrir, y no por miedo a lo desconocido sino por todo lo contrario. Había arribado a semejante conclusión a una edad en la que ciertas verdades sirven de poco ya que la muerte, aun si se tarda, jamás viene averiguando lo que aprendimos de la vida. De un tiempo a esta parte le aquejaba una calamidad que sólo los irresponsables pueden asumir sin complejo: incontinencia urinaria. En la intimidad se reprochaba no haber muerto alguna de muchas veces que estuvo cerca a lo largo de un siglo insoportable y austero. Debió morir de melancolía cuando enterró a Maruja en esa tumba que ya no lograba localizar en el laberinto del cementerio. Al cabo de varias defunciones familiares había terminado por trocar los sepulcros y no recordaba si su esposa dormía en el panteón de los Sánchez o en el de los Catalá, porque uno de los dos se había repletado con las casi trescientas libras de Tony Chávez, el gigante de los canelones, quien en 1989 no logró sobrepasar un segundo infarto y murió afilando un cuchillo en la cocina del restaurante *Los Andes*. Mas la vida no siempre es justa con los justos y en ocasiones impone condenas brutales, entre ellas la eternidad.

El único esfínter que se le había descompuesto era el de la vejiga. Hubiera preferido un accidente fulminante, un derrame en el cerebelo o una embolia estomacal, pero pronto entendió qué tan dura podía resultar la mala suerte de tener buena salud. Se secaría poro a poro, sin dientes, torcido, y los suyos sabrían la noticia al percibir por los corredores de la casa, mezclado a los perfumes de la picuala, esa peste a morcilla que evapora los perros rancios. A las setenta y dos horas, Ofelia o Dolores o el teniente Rogelio Chang o Totó el bobo o los gemelos Vladimir o Valentina encontrarían una pareja de aves de rapiña picoteando las persianas. De ahí su dedicación a la picuala, la graciosa enredadera que trenzaba de los tubos del desagüe a la antena del televisor y que, en luna menguante, destilaba en el jardín olores mentolados. Lino dormitaba al filo de la colchoneta, en posición fetal. El pellejo le acartonaba el esqueleto dejando a ras de piel arrugas de pésimo tapizador. Su cuerpo era un mueble, una comadrita desfondada.

—Moisés, mi Maruja tenía razón: lo peor de la vida es que no se acaba nunca.

—Está entero, vecino.



—Mi cuerpo tiene gotera.

Un día que Lino se atrevió a burlarse de sus clavículas, comentó a Valentina que debían contratarlo en la cátedra de anatomía. “Parezco un bicho malo”, dijo y se abrió la camisa para mostrar la osamenta. “Estás más enclenque que Mahatma Gandhi”, dijo la muchacha y a él le dio un coletazo de pudor. Conocía menos de su corazón que de sus huesos porque las aurículas bombeaban sin más evidencia de deterioro que unas esporádicas taquicardias, no así las costillas, que le alfileteaban el hígado, y las vértebras que hacían ruidos de bisagra cuando se le trancaba la columna y las punzadas del dolor lo obligaban a morder los bordes de la colchoneta.

—¡De tranca!— exclamó al comprobar que el culero de periódicos había sido insuficiente para represar los riñones.

Para aquel viernes 31 de octubre escogió la camisa de guinga, a cuadros blancos. Le faltaba un botón. La tar-

de anterior un buche de pan y leche había manchado la solapa de la camisa azul y, aunque la lavó con esmero antes de tenderla en la ventana, luego unos vientos repentinos la arrastraron hacia el patio. Llovía sin alarde, en ráfagas oblicuas. El cuarto, al fondo, apenas dejaba unos tres metros de distancia entre la puerta y la retaguardia del edificio aledaño, por lo cual los relámpagos no restallaban en la habitación, eternamente a oscuras. Las cuñas del vendaval, sin embargo, refrescaban el aire que, preso entre cuatro paredes, sabía a vinagre. Esa noche, al igual que muchas, revuelto en la cebolla de la sábana, Lino repetía un sueño que si aceptamos su doble condición de viudo y puritano demostraba la calidad de su imaginación. Caminaba por el pasillo de un hotel de lujo, bajo lámparas de cristal, atravesando puertas y puertas y puertas y puertas; al abrir la quinta era testigo de una escena en verdad magnánima: a pleno sol, atlética, espléndida, acuática, Esther Williams hacía pinuetas

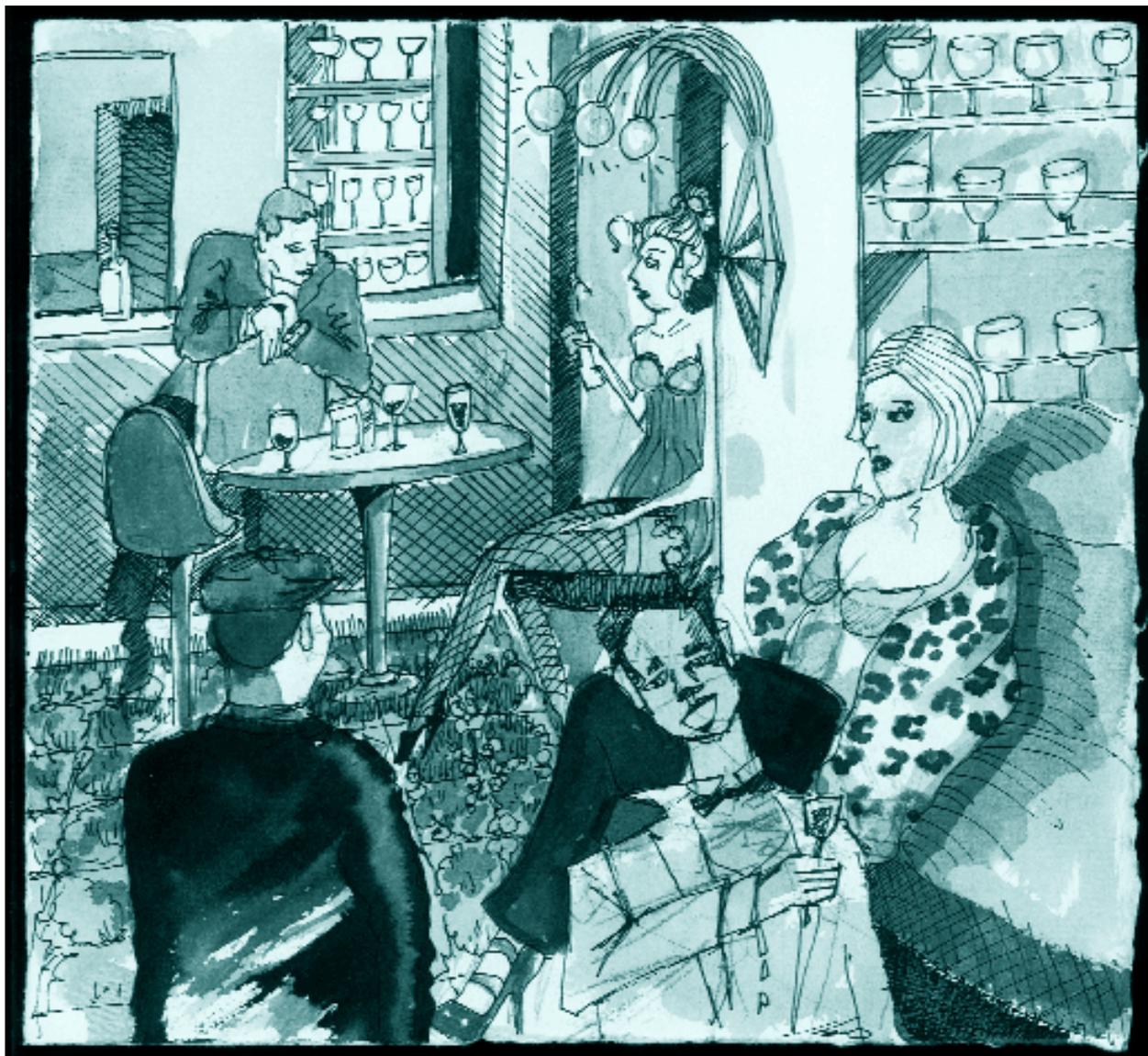
Lino y Maruja visitaban la peña del Café Buenos Aires al menos un domingo al mes.

en una piscina tan brillante que ni el cielo siendo añil se le igualaba. Lino despertó con hipo. Errático, escuálido, decrepito, tardó un par de siglos en darse cuenta que no era el héroe de aquel alucine sino un insecto atrapado en la tela de una araña. No conseguía despegarse de la sábana. Piel y tela se fundían en una baba gelatinosa que mezclaba sudores y orines. Cuando pudo dar tres pasos imprecisos por la diagonal del cuarto, abrió la ventana en busca de aire fresco y encontró la camisa azul hundida en el fango. Hipo.

El cristal del charco espejó el rostro de Rosa Rosales.

Lino y Maruja visitaban la peña del Café Buenos Aires al menos un domingo al mes. El tugurio era una cueva que olía a panetela, decorado con una guirnalda de focos rojos, tapices de leones nigerianos y repisas donde

se alineaban copas azules y verdes de grueso cristal, según el gusto de la esbelta Rosa Rosales, su propietaria. Maruja había descubierto el sitio a mediados de los años cincuenta, por recomendación de unas amigas, y allí celebraron el segundo aniversario de boda. Por ese entonces, Lino presumía una criolla aunque antigua elegancia: zapatos de charol, polainas, pantalón de filo, saco cruzado y una boina gallega, preferiblemente clara. Desde su inauguración, a la fecha, el café tuvo un inquietante aire de clandestinidad y una fanaticada tan leal que llevaba su propia bebida bajo el brazo, porque la verdadera razón del café era pasarla bien, sin ánimo de lucro. Tal vez por eso resistió las ofensivas de las nacionalizaciones de los años sesenta y las campañas de depuración ideológica que atornillaron en la isla las puertas de la iniciativa privada. Ningún vecino denunció la



Debió morir de melancolía cuando enterró a Maruja en esa tumba que ya no lograba localizar en el laberinto del cementerio.

permanencia de aquella guarida milonguera, ¿qué ganaban con ello si allí no le cobraban un centavo a nadie por soñar, y soñar siempre ha sido un mal negocio? Los parroquianos aceptaban las reglas del juego de la casa, establecidas por escrito tras la puerta principal, en una suerte de hermandad que a ninguno exigía demasiado, ni siquiera saludarse a la llegada o a la salida. Cada cual interpretaba a su buen criterio el principio de no meter la cuchareta si no había sido invitado a comer del pastel, en defensa del derecho a guardar secretos. Rosa ofrecía empanadas de espinaca y croquetitas de harina, perfectamente fritas. “Lo bueno es que tú no distingues entre policías y ladrones”, decía Maruja a Rosa, mientras le ablandaba las cutículas en una cacerola de aguas tibias. La Rosales la invitaba a compartir su vaso de ron y, entre sorbos, le contaba detalles de sus romances pasajeros. Se tenían confianza. Carcajeaban parejas.

Lino había tratado de desvanecer en su memoria la noche de agosto de 1958 que las vio bailar un tango de Carlos Gardel, pero dejó trazos reconocibles de la escena, ya que aquel momento fue una de esas contadísimas muestras de independencia o de coraje a la que cualquiera de los dos se había atrevido, y de algo podía servir a la hora de recordarse el uno al otro con admiración. No

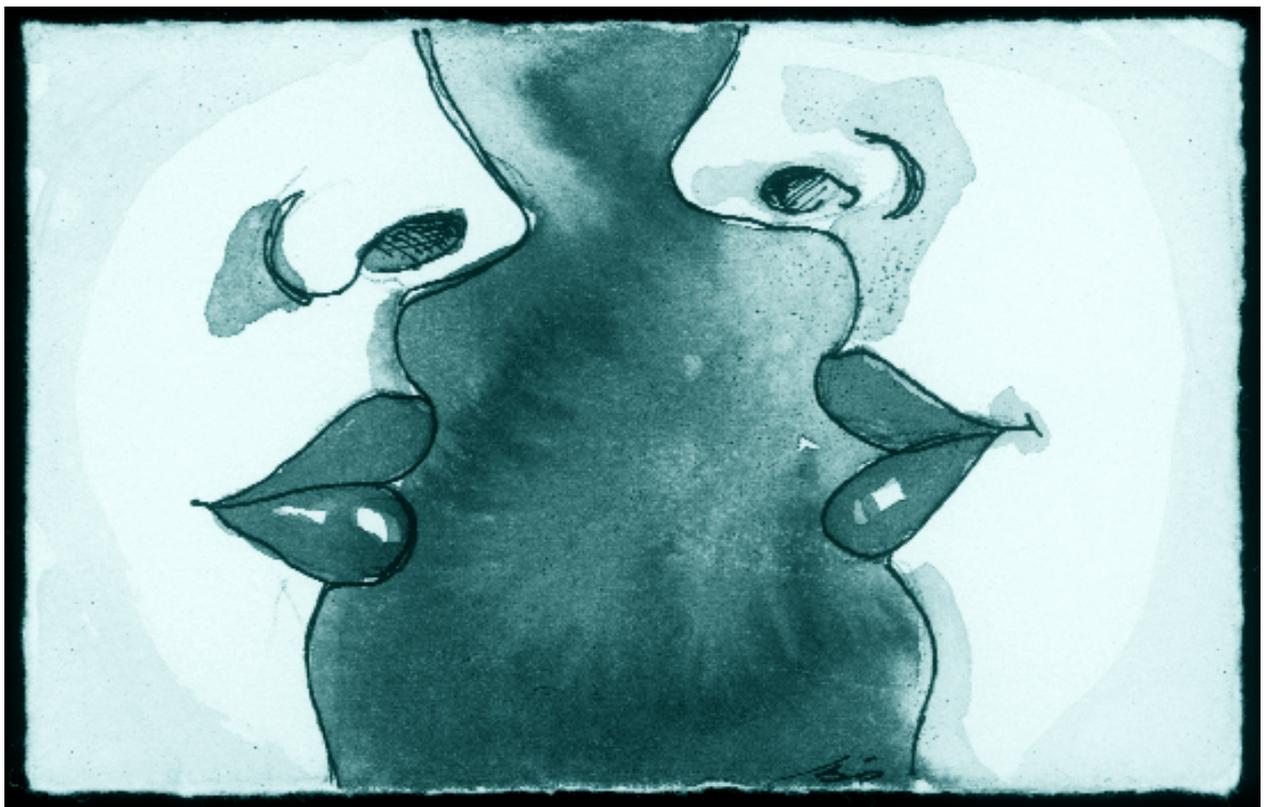
quedaba ningún parroquiano en el café, y fue la propia Maruja quien eligió el disco, movió las mesas para ensanchar la pista y tomó a su amiga por la cintura con altanería:

—¿Bailamos? —dijo.

Rosa estaba esperándola, arropada en su mantón de Manila. Aceptó el desafío. Las dos mujeres se enfrascaron en un duelo de miradas machas, desafiantes, al tiempo que trababan las piernas, muslo entre muslos, y se dejaban llevar no por la música sino por el ritmo de las pulsaciones que sintieron en la médula cuando toparon los pechos. No se desenroscaron al terminar la grabación ni al ver cómo sudaban sus cuerpos bajo la lámpara de luz azul que Lino encendió con el claro propósito de romper el hechizo; siguieron trezándose al melodioso compás del silencio, incorporando a sus temores el encanto de un goce prohibido. Lino dijo a su esposa que era hora. Por un brevesegundo, Maruja apartó su mirada de los labios de Rosa y dijo que prefería quedarse. Echó a volar la frase en un arco de palabras, como quien desgrana puñados de oro en polvo al borde de un acantilado. El tono de la voz revelaba una inquietante ecuanimidad.

—Ve tú —dijo.

Lino bajó la vista.





Maruja regresó sus pupilas a la boca de Rosa.

—¿Bailamos? —dijo Maruja.

La calle Aramburo se veía muerta y Concordia lo llevaba directo a *Pajarito*. Lino eligió el camino de la venganza. Justo en el límite sur del barrio de las putas, al comienzo de la zona de los bares donde el ciego Tejedor cantaba boleros de desamor en cada vitrola y los chulos alardeaban de sus autos descapotables y policías y carteristas apostaban al cubilete las billeteras robadas esa noche, una chinita barata le echó el anzuelo a Lino y lo invitó a entrar en la cabina de un camión que estaba por allí, destartelado.

—Es mi primer día —dijo ella, al comenzarle a abrir la portañuela con sus inexpertos dedos.

—También el mío —dijo Lino.

—Pe rdóname, no tengo otro lugar donde mamarte.

La chinita hizo a gusto su trabajo.

Y Lino se dio un baño, al llegar a casa. Acostado en el sofá de la sala, se propuso recordar las mieles de cerezos orientales que aún empalagaban en su garganta, pero en este mundo escasean los placeres perfectos y nunca segundas partes fueron buenas: apenas comenzaba a abrir las piernas la chinita, y mal que bien se acomodaba en la memoria para dejarse lamer, a Lino le dio hipo tenaz, insoportable. Dejó de soñar y se entre tu vo ojeando un reportaje fotográfico sobre la visita de Esther

Williams: la escultural nadadora iniciaría una temporada de ballet acuático en el Hilton Havana. Lino consiguió dormirse al rato, ilusionando por la idea de asistir a la función. El despecho embriaga con más fiereza que el encono. La Williams y la chinita nadaban desnudas en su sueño y él manejaba un descapotable por el malecón, cuando a media mañana Maruja Sánchez llegó con una bolsa de mandados y, sin complejo de culpa, se puso a escoger el arroz del almuerzo, tras lanzarle a su marido un guiño de ojo que recolocaba la vida en el lugar de costumbre.

Todo volvió a suceder a la distancia de cuarenta y cuatro años, en el espejo de aquel charco que la lluvia había represado al pie de su ventana. Lino re volvió la superficie con la camisa azul, la enfangada, y esperó a que se aquietasen los círculos del falso oleaje. Al reaparecer el reflejo de su rostro en el cristal del agua, supo que tampoco en esta ocasión el recuento de sus pecados le anunciaba la proximidad de la muerte porque el charco le devolvió con claridad la estridente imagen de su cara. “Debo ir por el periódico”, dijo. De golpe, se le quitó el hipo. De golpe o de milagro. ▮

Este texto forma parte de la novela *Esther en alguna parte* o *El romance de Lino y Larry Bo* que se publicará en breve. Las ilustraciones que lo acompañan fueron realizadas *ex profeso* para la *Revista de la Universidad de México* por Said Dokins.